

CUANDO EL MÁS JOVEN LE TENDIÓ LA MANO

Dudó en acercarse a ellos cuando el más joven le tendió la mano. No sabía quiénes eran, ni qué pretendían, ni siquiera si —con ellos— al fin estaría a salvo. Creía comprender que aquellos dedos que apuntaban directamente hacia sus ojos la invitaban a dar el gran paso. Pero, ¿cómo fiarse, cómo abandonarse a un simple gesto?

Y fue consciente de que una mano era sólo eso: una mano, la representación del alma de un ser humano, un arma para atacar o un escudo para defenderse, una herramienta para comunicarse o desentenderse, un instrumento para halagar o para despreciar.

Había conocido manos salvadoras y amenazantes. Las había visto nerviosas y tranquilizantes, manos que agarraban o soltaban, manos que señalaban acusadoras o que se ocultaban tímidas en los bolsillos, manos que salvaban vidas o que las quitaban, que hacían el amor o la guerra, que acariciaban o desgarraban; manos de padres, de hijos, de viejos y niños, de hombres y mujeres, suaves y ásperas, manos vivas que hablaban sin cesar y manos muertas que callaban para siempre; manos que hacían gestos graciosos o ademanes obscenos, que atraían o repelían, que alentaban o desanimaban, que saludaban o despedían; manos como lenguas que rebosaban palabras y manos mudas, manos que sentían y otras que hacían sentir, manos hábiles que hacían gozar y torpes que hacían reír, manos mentirosas y rebosantes de verdad...

Y sucias y limpias. Y secas y mojadas. Blancas y negras, amigas y enemigas...

No tenía demasiado tiempo para decidirse.

¿Cómo fiarse del gesto de una mano desconocida sabiendo de todo lo que era capaz de hacer una mano?